



AMOR y CINE



20
cts.

**El dulce encanto del amor
de Colleen Moore**

AMOR Y CINE

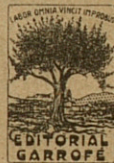
Colección semanal

Núm. 4

El dulce encanto del amor de Colleen Moore

POR

Miguel de Cavanillas



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN :

Villarroel, 12 y 14

Ventas al contado : Unión, 19

BARCELONA.

Esta novela es propiedad de la Editorial Garrofé en todos los países de habla española. Queda prohibida su reproducción

REVISADO POR LA PREVIA CENSURA

Imp. Garrofé.—Villarreal, 12 y 14.—Barcelona



—A mí me gustaría ser la esposa de un hombre célebre y compartir con mi marido su fama y notoriedad.

—Pues yo quisiera resaltar por mí misma: sueño con ser una gran escritora.

—Yo me conformo con encontrar un hombre que me quiera y a quien querer con toda mi alma.

Formando un delicioso conjunto, un grupo de colegialas, las más talluditas ya, de la escuela de monjas de la Sangrada Familia, hablaban animadamente durante la hora de recreo, exponiendo cada una sus aspiraciones para el futuro, sus anhelos, sus dorados ensueños.

Con los ojos muy abiertos, escuchaba la conversación una muchachita, una niña aún, pues no había cumplido los trece años.

Era Catalina Morrison, la que no muchos años después había de revelarse como una ma-

ravillosa es'rella de la pantalla bajo el nombre de Colleen Moore.

—Pues yo quiero ser una gran artista de cine.

Rieron sus compañeras la salida y Catalina, muy mohina y contrariada, se apartó de ellas.

¡Cuántas veces, en el curso de su gloriosa carrera, ha recordado y contado Colleen Moore aquella escena de su niñez!

Su afición al arte mudo se despertó casi con su razón y no podía dársele mejor premio, ni recompensa más de su gusto, que el llevarla al cine.

Instalada en su silla, seguía casi con devoción las escenas que se sucedían ante su vis'a y luego, al llegar a su casa o al colegio, se esforzaba en remedar ante el espejo los gestos y actitudes de las artistas de más fama y nombradía.

Los señores Morrison, padres de Catalina, habitaban un modesto pero confortable pisito en uno de los barrios de Dublin, cercano al puer'io.

Carlos Morrison estaba empleado en la casa exportadora más fuerte de la capital, que comerciaba con Inglaterra en ganados, carnes saladas, mantecas, huevos y avena.

Los padres de Catalina adoraban en ella por su carácter dulce y bondadoso, mostrándose orgullosos de su aprovechamiento y excelentes notas con que se distinguía en el colegio de religiosas de la Sagrada Familia, a las que habían confiado la educación de su hija.

El señor Morrison ganaba un sueldo decente en su empleo, pero no podía, como vulgarmente se dice, estirar más la mano que la manga...

Un día se recibió en casa de Catalina una carta que trajo a todos una buena nueva y cuya lectura produjo la natural alegría.

Era de mister Mayer, pudiente editor de uno de los diarios más importantes de Chicago, y primo hermano de los Morrison.

Mister Mayer proponía a su pariente una bien retribuida colocación en su periódico y le instaba a que contes'ara si aceptaba o no el empleo.

Después de un breve conciliábulo, se decidió por el sí, y el cable se encargó de transmitir seguidamente la respuesta afirmativa.

Salió Catalina del colegio y dos semanas después la pequeña familia partió para Chicago.

Los primeros tiempos de su estancia en la gran capital, hasta que se la buscó un colegio para que continuara su educación, fueron para Catalina felicísimos.

Su tío, por el periódico de que era propietario, disfrutaba de pases para toda clase de espectáculos, y la futura estrella pudo asistir continuamente a los mejores salones cinematográficos.

—¿Por qué no vas esta tarde al teatro? Dan «La fuerza del Destino», que me han dicho que es preciosa.

—No, tío; prefiero el cine. ¡No sabes cómo me encanta y me atrae!

—¿Tanto te gusta?

—¡Con delirio, con pasión!... Mi sueño sería trabajar en la pantalla.

—¿Esas tenemos?... ¡La locura del día!...

Bueno; pues toma estas butacas para el Cine Moderno.

Un día se presentó en el despacho de mister Mayer un visitante.

El poderoso editor leyó en la tarjeta que le presentaba un ordenanza el nombre de D. W. Griffith, el ya famoso director de la Fine Arts.

Por asociación de ideas, Mayer recordó inmediatamente a su sobrina.

Hablaron largo y tendido ambos personajes de los más variados temas y en el curso de la conversación, y en tono de chanza, contó Mayer a su interlocutor las aficiones y sueños de Catalina.

—Todas las muchachas están locas hoy por filmar. De todos modos, presénteme usted a su sobrina.

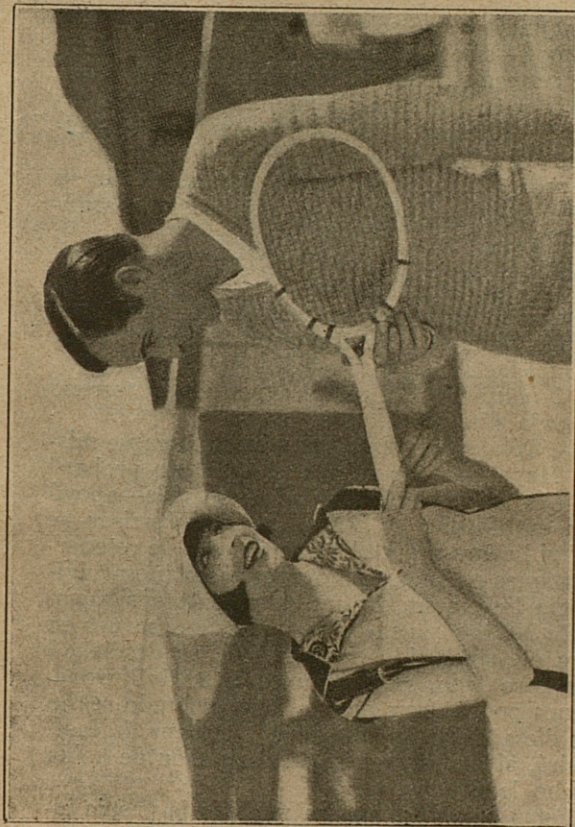
La presentación fué hecha, en efecto, días más tarde.

Colleen Moore ha declarado repetidas veces que aquella fué su primera sensación de loca alegría.

Griffith la estuvo examinando detenidamente, observando sus gestos, sus movimientos, su expresión toda.

Y se retiró sin decir una sola palabra.

Pero algo debió ver el director de la Fine Arts, con su fina penetración, en Catalina Morrison, cuando pocos días después se presentó en casa de sus padres solicitando su consentimiento para llevarse a la chica a California con el objeto de probarla ante la cámara y determinar si podía actuar en el cine.



La genial artista Colleen Moore, con el campeón de tennis neoyorkino, aprendiendo el modo de tener la raqueta

—Quiero darle seis meses de prueba en Hollywood—dijo Griffith—. Después podré decir con certeza si tendrá o no éxito en la pantalla.

Agnes de Morrison, la madre de Catalina, dirigió el contestar hasta haber consultado la opinión del padre de la muchacha.

Carlos Morrison se mostró opuesto a dar su consentimiento, aduciendo toda clase de argumentos.

Pero la madre y el señor Mayer se pusieron de parte de la muchacha.

Se celebraron varias reuniones de familia para decidir si se aceptaba la oferta del director de la Fine Arts.

El padre de Colleen iba perdiendo terreno en cada nuevo cónclave.

—¡Déjala, hombre!—terminaba siempre mister Mayer—. ¡No se pierde nada con probar!

—Es la gran oportunidad de su vida—apoyó con entusiasmo la buena señora Morrison—. ¿Y si llegara a suceder que a pesar de retenerla a nuestro lado y bajo nuestra cariñosa vigilancia hiciera un día un casamiento desgraciado? ¿No tendría entonces razón de echarnos en cara el haber sido causantes de su desdicha? Por otro lado, si la dejamos ir a Hollywood, nunca podrá decir que no hemos obrado según los dictados de su corazón; y aunque fracase, podrá, al menos, tener la satisfacción de haber hecho la prueba.

Estas palabras, que ha relatado la propia inimitable artista, acabaron de esfumar los últimas resistencias del padre.

La madre tenía, pues, absoluta fe y confianza en la prudencia y dotes de su hija. Presintió el futuro de Colleen y su intervención decidió el porvenir de Catalina Morrison.

Colleen Moore ha recordado mil veces aquel día feliz de su vida, cuando acompañada de su madre y de su abuela se dirigió a la que iba a ser para ella Tierra de Promisión.

—Nunca olvidaré—ha dicho— la bondad y cariño con que mis padres me pusieron en mi nuevo derrotero. ¡Con qué solícito afecto discutieron el asunto hasta llegar a la decisión definitiva! ¡Cuán raras son las hijas de familia que pueden ir a Hollywood con la aprobación y confianza de sus padres!

II

Colleen Moore tenía sólo catorce años.

No era asunto sencillo para una muchacha de la inexperiencia de Catalina el conquistarse inmediatamente un puesto permanente en el cine.

Sin embargo, Colleen Moore no ha dejado de filmar desde que inició su actuación en el arte mudo.

Pronto se destacó por sus propios méritos, y directores y empresarios quedaron prendados de sus prodigiosas cualidades.

Su debut cinematográfico fué en la cinta

«The Bod Boy», filmada por Griffith en los antiguos talleres de Fine Arts, en cuya empresa trabajó sin interrupción hasta que la compañía se encontró falta de capital.

Entonces Colleen firmó un contrato con el antiguo productor Selig, actuando en varias producciones, haciéndose notar cada vez más por su inimitable filmación.

Colaboró más tarde con Charles Ray y Tom Mix, subiendo paso a paso la escala de la gloria.

Su primer contrato como estrella, segunda gran sensación de su vida, según confesión de la insigne artista, fué firmado con la First National.

A partir de este punto, todo han sido laureles y éxitos ininterrumpidos para Colleen.

Culminó su fama, ya extendida por todo el mundo cinematográfico, en la hermosa producción «Flaming Youth», que la consagró definitivamente como estrella de primera magnitud.

Colleen Moore es una encantadora mujercita. Cuenta veinticuatro años, pero sigue siendo en sus acciones y expresión una niña vivaracha, revelando todo su modo de ser el entusiasmo de sus primeros días de actuación, entusiasmo que ni el tiempo ni los años han logrado disipar.

Con razón la ha llamado un crítico americano «la artista heterogénea», pues la antigua colegiala del convento de la Sagrada Familia se adapta maravillosamente a los más opuestos y difíciles papeles.

En el principio de su actuación y durante mucho tiempo, trabajó en todas las películas representando la chica campesina o la señorita de familia humilde, ingenua y sencilla.

¿Podía Colleen interpretar la muchacha de buena sociedad, con sus aires modernos, la chica de la edad del jazz y de los modales libres y despreocupados, la característica *flapper* norteamericana?

Fueron mayoría los que opinaron que no, que miss Moore fracasaría en cuanto se apartara de lo que estimaban su *personalidad*.

Y, sin embargo, su mayor éxito fué el interpretar en «Flaming Youth» su primer papel de la alegre y alocada muchacha, prototipo de la joven ultramoderna que produjo la sociedad después de la guerra europea.

Desde entonces, el público se ha acostumbrado a verla en esta clase de producciones, en las que ha sabido encontrar un admirable medio de expresión.

Ultimamente ha filmado deliciosas comedias melodramáticas, manteniendo siempre su prestigio de artista universal e incomparable.

Colleen Moore es una excelente compañera y nunca ha sentido ni manifestado celos absurdos ni prevención ni animadversión hacia otras artistas.

De sus buenos sentimientos y compañerismo, se cuentan dos preciosas anécdotas.

Una tarde, al entrar en los talleres de la First National, se encontró junto a la puerta, recostada contra la pared y en actitud descon-

solada, a una muchacha bastante agraciada, que pareció iniciar, al verla, un movimiento de avance.

Colleen Moore se quedó mirándola y la joven bajó la cabeza, como avergonzada.

La gran artista se dirigió hacia ella y la preguntó con dulzura:

—¿Qué hace usted aquí? ¿Quería algo de mí?

Entonces la muchachita se echó a llorar amargamente.

A fuerza de insistencias, contó que trabajaba como comparsa en algunas películas, pero que acababan de despedirla a pretexto de que no servía.

—Pero no lo crea usted, señora. Es que... es que...

Y nuevamente los lloros la impidieron hablar.

—Cuente, cuénteme eso.

La joven refirió que uno de los directores la había hecho ciertas proposiciones, a las que ella se había negado.

—Comprendo, comprendo—dijo Colleen indignada—. Deje el asunto por mi cuenta y venga a verme mañana a mi casa.

Entró con aire decidido en el despacho de la dirección.

Y planteó el dilema: o se admitía nuevamente a la muchacha, o ella daba por rescindido su contrato.

Naturalmente, quedó resuelto lo primero.

Otro botón. Sucedió en el Club Atlético de Hollywood, cuyo imponente establecimiento,

situado en el bulevar Sunset, cuenta entre sus miembros gran número de actores del cine.

Robert Agnew, intérprete de caracterizaciones juveniles, andaba detrás de una hermana de Tom Gallery. Advertido éste de la persecución, comunicó a su dicha hermana su oposición rotunda a los pretendidos amoríos, amenazándola con alejarla de Hollywood si desatendía sus consejos.

Una tarde se encontraron casualmente en el campo de tennis Agnew y su pretendida y comenzó de nuevo el asedio.

Al levantar la vista, creyó la hermana de Tom Gallery divisar a éste asomado a una de las ventanas del edificio del Club y desapareció a toda prisa por una de las avenidas de la amplia finca.

Colleen Moore, que paseaba en dirección opuesta, tropezó con la atemorizada joven.

Esta le explicó brevemente la causa de su desasosiego.

—No se apure; pero hay que ser más juiciosa y no tener tantos pájaros en la cabeza... Continúe su camino, y si su hermano le pregunta algo, niegue usted.

Colleen siguió hasta la pista de tennis, reprimiendo a Robert Agnew su conducta con la muchacha.

No habían pasado dos minutos, cuando se presentó Tom Gallery, muy excitado y jadeante. Al ver a Robert y a Colleen Moore departiendo tranquilamente, volvió grupas, después de saludarles brevemente.

La eximia artista sonrió picarescamente.

—Se ha tragado el *cambiazo*... Pero usted va a prometerme tener sen ido y no molestar más a esa muchacha.

Robert Agnew cesó desde entonces en sus asiduidades con la joven.

III

La gentileza y donaire de la joven artista, atrajo desde su llegada a Hollywood a buen número de *moscones*, que comenzaron a poner empeñado asedio a sus encantos.

Colleen había apenas cumplido los diez y siete años en la época en que tuvo lugar una de las más pertinaces persecuciones amorosas de que ha sido objeto.

Pululaba en aquel entonces por los escenarios de la Meca de la cinematografía un anciano millonario neoyorkino llamado William Door.

Era William un hombre de agradable presencia, muy pulcro y cuidado en su persona, afable de trato, conservando, a pesar de sus años, cierto empaque y prestancia en porte y maneras.

En cuanto vió a Colleen quedó prendado de la

pequeña artista, señalándola a la admiración de sus íntimos.

—¿Quién es esa chica?

Sus amigos no la conocían.

El viejo potentado asistía continuamente al escenario donde trabajaba Colleen y, sin ser notado de la artista, se complacía en admirarla sielnciosamente, sintiendo poco a poco nacer en su alma una pasión irrefrenable por la gentil muchacha.

Todo le encantaba en ella. Más que nada su sonrisa, aquella sonrisa blanca, como diría un poeta, sonrisa dulce, clara, toda mieles y caricias...

E, ignorante de su nombre, comenzó a llamarla «la de la dulce sonrisa».

El mote tuvo éxito entre los habituales a los escenarios de Hollywood, y, sin saber quién había sido el autor del cariñoso apodo, todo el mundo comenzó a llamarla de aquel modo.

—¿Pero quién ha inventado eso?—preguntó Colleen al enterarse de la manera como la designaban.

Nadie supo decírselo.

Una mañana, el director la comunicó que mister William Door deseaba hablarla.

El millonario se había sin duda decidido a salir de las sombras y había buscado intermediarios para acercarse a la vivaracha artista.

—No le conozco—repuso ésta.

—No importa. Tiene treinta millones de dólares y una renta descomunal. Dice que desea ver presentado a usted.

—Pues dígame que no tengo ningún interés en conocerlo.

Fueron en vano súplicas e insistencias.

Colleen Moore se negó a recibirle cuantas veces el anciano millonario solicitó respetuosa audiencia.

Entonces comenzó una verdadera persecución por parte de William Door.

La escribía continuas y apasionadas esquelas, a las que acompañaba los más variados y tentadores obsequios.

Fany, la doncella de Colleen, tal vez espontáneamente, quizás vendida al oro del potentado, pretendió en cierta ocasión tomar el partido del americano.

La genial artista no la dejó hablar mucho rato.

—Si vuelves a hacer la más pequeña alusión a ese viejo chocho, puedes considerarte en la calle.

Las cartas y envíos de William Door eran devueltos a su remitente sin el más pequeño comentario.

El millonario yanki estaba desesperado. Aquella resistencia inaudita había exasperado su senil pasión y perdió completamente la brújula.

Como si fuera un cadete, espiaba los pasos de la artista, se pasaba horas enteras rondando su casa o los talleres donde trabajaba Colleen, acudiendo a todos los sitios donde pudiera sospechar que se encontraba la pequeña artista.

Un día, fastidiado ya, decidió aguardarla en la puerta de los «estudios».



Colleen Moore sonríe con su boca irresistible

Colleen Moore, que ya lo conocía de vista, lo apercibió paseándose frente a la fachada principal del enorme edificio. Pero ya no podía retroceder, pues sólo estaba a unos metros de la puerta de entrada.

Entonces tomó una decisión heroica para esquivar al testarudo enamorado.

A todo correr penetró en los «estudios», llegando como una tromba hasta el escenario donde debía filmar.

Pero una noche no le fué posible rehuir la presentación de William Door.

Estaba Colleen en uno de los restaurants más concurridos, cenando en compañía de varios compañeros y directores, entre ellos Blanche Sweet y su marido y Marshay Neilan.

William Door conocía a este último y se acercó a saludarle.

Marshall Neilan, el famoso director, hizo las presentaciones de rigor e invitó al viejo americano a sentarse a su mesa.

William aceptó encantado.

El millonario aprovechó la ocasión para hablar a Colleen Moore.

—He aguardado esta ocasión con verdaderas ansias, señorita—comenzó diciéndola en tono patético.

Pero la artista, que estaba como sobre ascuas, le espetó una impertinencia.

—¿Sabe usted que estoy cargada de sus persecuciones?—le dijo en voz alta—. Es usted un títere que me tiene harta con sus estulteces.

—¡Por Dios, Colleen!—intervino Neilan.

—Nada, nada—siguió, cada vez más exaltada, Colleen—. Este viejo impertinente cree que tiene derecho a molestarme continuamente.

William Door nada dijo. Bajó la cabeza y no volvió a hablar en toda la noche.

Pero no por eso cejó en sus asiduidades para con la artista.

Ni feos ni desdenes consiguieron alejar al anciano.

Un día en que la artista estaba filmando en su escenario, atisbó a William por aquellos alrededores.

Al terminar la escena, gritó al director:

—Si no se va ese—y señalaba al americano—no sigo trabajando.

El pobre desdenado tuvo que abandonar precipitadamente los «estudios».

A tal punto llegaron las extremosidades dictadas por el enojo de Colleen, que William Door, profundamente abatido por tan continuadas repulsas, cayó gravemente enfermo.

En su delirio febril, se le oía decir continuamente:

—¡Quiero verla! ¡Que venga «la de la dulce sonrisa»!...

Cuando abandonó el lecho, después de varias semanas, William Door parecía centenario. Se le habían acentuado las arrugas de su rostro e iba completamente encorvado y arrastrando los pies.

Nunca volvió a hablar a Colleen Moore, pero no pudo olvidarla.

Hablaba de ella siempre a sus amigos, llamándola «la de la dulce sonrisa», apodo que ha quedado a la exquisita artista, a pesar de su enfado al oírse llamar así.

¡Cuántas quisieran, sin embargo, poder ser designadas con tan cariñoso mote!...

Otra de las aventuras amorosas de que fué protagonista Colleen Moore en sus años de soltería, le ocurrió con el joven y riquísimo brasileño, Julio Corballo.

Le fué presentado por Bert Lytell en uno de los cabarets de moda y simpatizaron seguidamente.

Era Julio, en efecto, un muchacho de extraordinario atractivo, guapo mozo de maneras distinguidas, gran conversador y extraordinariamente espléndido, hasta la prodigalidad.

La pidió un baile a Colleen y ésta aceptó complacida.

—Tiene usted unos ojos que despistan... No estoy muy seguro de poder conservar el equilibrio si me sigue usted mirando así...

La artista rió la galantería.

—Y si los abre y cierra de esa manera, voy a coger una pulmonía—continuó el galán.

—¿Doble?

—Sí; una para el cuerpo y otra... para el alma...

—¡Uf, qué miedo!

Bisearon el baile y Julio Corballo, cada vez más decididor y zalamero, acabó de conquistar las simpatías de Colleen.

Desde entonces comenzaron a verse con la mayor frecuencia.

—Mire usted, Julio—dijo la artista en cierta ocasión al joven brasileño—, si quiere usted que seamos buenos amigos, no me hable nunca de amor. Detesto a los hombres que en cuanto se acercan a una mujer, comienzan a molestarla con un obligado asedio.

Corballo se mostraba siempre obsequioso y deferente con Colleen, en plan de un verdadero camarada.

Pero del trato nació sin duda el deseo y pronto comenzaron las insinuaciones, las frases de doble sentido y, al fin, la declaración fulminante de un amor incontenible, avasallador.

La artista contuvo al ardiente brasileño, desengañándole prestamente de sus pretensiones.

—¡Pero, ninguna esperanza, ni la más remota!...—clamaba dolorido Corballo.

—No, Julio. Yo no puedo querer a usted. Si nos casáramos, seríamos muy desgraciados. Yo vivo enamorada de mi arte y usted querría que lo abandonara. Es el primer obstáculo que se opone a nuestro matrimonio.

—Usted no echaría nada de menos... ¡Sabría hacerla tan feliz!...

Discreta, pero tenazmente, el brasileño continuó la conquista de Colleen.

La joven artista sentía flaquear su decisión.

Aquel muchacho, enamorado y galante, había llegado a hacer vibrar en su alma sentimientos hasta entonces callados o dormidos.

Pero un día...

Una noche, mejor, Colleen se sentía oprimida y desasosegada. Como de ordinario, se había acostado temprano para encontrarse fresca y enérgica para su trabajo diario.

No pudiendo conciliar el sueño, se echó de la cama y fué a llamar a su doncella.

—Arréglate. Vamos a tomar un poco el aire.

Salieron de casa las dos mujeres y se dirigieron hacia uno de los parques que ornamentan la ciudad.

Poco faltó para que Colleen dejara exhalar el grito que le subía a la garganta.

A pocos pasos de ella, en actitud rendida y enamorada, Julio Corballo estaba sentado en un banco junto a una linda muchacha, a la que rodeaba el talle con su brazo izquierdo.

La estrella, con la respiración contenida, contemplaba a la pareja.

El brasileño, con suave presión, atrajo a su acompañante y la besó con dulzura en la frente.

—¡Falsos! ¡Todos son unos falsos!—gritó Colleen sin poder contenerse, y se alejó precipitadamente de aquellos lugares.

IV

—Yo no me casaré nunca—afirmaba muy seriamente Colleen Moore, mientras sorbía una taza de café después del almuerzo en compañía de sus padres.

Carlos Morrison sonrió indulgentemente, mientras Agnes, la madre de la gentil estrella, miraba indagatoriamente a los ojos de su hija.

—Tú estás ya enamorada—la dijo sin preámbulos.

—No, mamá. He estado algo interesada, no lo niego; pero me he convencido de que los hombres son unos sinvergüenzas.

—Muchas gracias, en nombre del gremio—bromeó el señor Morrison.

—¡Hay excepciones, hija!

—¡Todos, todos!

Y con su zapatito taconeaba nerviosamente sobre el entarimado.

Pero... un día llamó el amor a las puertas de su corazón.

Un hombre sencillo, inteligente, todo nobleza y bondad, supo cautivar a Colleen, haciéndola cambiar su rotunda opinión acerca del sexo fuerte.

—Mire usted, Catalina—permítame que la llame por su nombre de pila—. Yo no voy a decirle que la adoro con pasión loca, que sus atractivos me trastornan, que haré un disparate si usted rechaza mi amor. Le digo sencillamente que la quiero honradamente y que creo sabré hacerla dichosa. Si usted me autoriza, hablaré con sus padres. ¿Qué decide?

El que se expresaba de esta suerte era John McCormick, gerente general de los talleres de Pist National en California.

Colleen quedó agradablemente impresionada de aquel lenguaje que traducía la sinceridad y

respiraba la hombría de bien del que lo empleaba.

—Gracias, John. Le agradezco mucho su exquisita manera de proceder y me honra en extremo su proposición... Pero, no corra demasiado. Demos tiempo al tiempo y ¡quién sabe!... No le digo que no...

John McCormick con caballerosa corrección y asiduidad respetuosa trató de seguir ganando el cariño de la artista, que iba descubriendo poco a poco las relevantes cualidades del gerente general de los talleres de la First National.

Los padres de Colleen, enterados del noviazgo, aprobaron decididamente aquellas relaciones, estimando que John era un excelente muchacho, capaz de hacer la felicidad de su hija.

Era el año 1924 y acababa de filmarse la película «Flaming Youth», primer gran éxito de Colleen Moore.

Se pasó de prueba la cinta, y, al terminar la sesión, todo el personal, actores, directores, asistentes, fotógrafos y electricistas, se acercaron a la eximia actriz, felicitándola con efusión por el trabajo que había desarrollado en su inimitable actuación ante el objetivo.

Colleen aceptaba distraída aquellas demostraciones, pues sus ojos buscaban una persona, cuya opinión le era cara en extremo.

Al fin, vio llegar hacia ella a John McCormick, que había estado cambiando impresiones con el director general de la First.

—¡Colleen... magnífico... un éxito rotundo!



Ningún rostro en la pantalla tan dulce y tan encantador como el de Colleen Moore

Y apretó apasionadamente la mano que le tendía la vivaracha estrella.

—He sido el último en felicitarla, pero esté segura de que nadie como yo se alegra del suceso. Y usted, ¿está contenta?

—¿Yo? Casi, casi...

—¿Pues qué le falta para estar satisfecha?

Colleen, que ya amaba hondamente a John, le miró intensamente a los ojos. Y con voz apagada por la emoción, habló:

—Que me repita usted algo que me dijo hace tiempo. ¡Hoy puedo contestarle ya!...

—¿Qué la quiero a usted? ¿Que estoy pronto a ser su esposo en cuanto usted acepte? Sí, Catalina; se lo repito con todo mi corazón.

—Y yo le contesto que hoy mismo puede pedirme y que fije con mis padres la fecha oportuna.

La noticia de la boda de Colleen y John McCormick corrió como reguero de pólvora por todo Hollywood. Y comenzaron seguidamente a llover felicitaciones, parabienes, obsequios y presentes para los futuros esposos.

Dos meses más tarde se celebró el casamiento.

—¿Es usted feliz en su matrimonio?—preguntaba no ha muchos días a Colleen Moore uno de sus entrevistadores.

—¡Dichosísima! John y yo somos la pareja más feliz que existe en la colonia del cine.

Y ello está, en efecto, a la vista de todos. En cuanto la artista tiene un rato libre en su cotidiano trabajo, corre al despacho de McCormick

o se reúnen los esposos en el hotelito particular que los talleres de First National les han asignado para pieza de vestir.

Esta casita hace las decilias de Colleen.

Es una verdadera habitación de hadas. Se compone de cuatro piezas, amuebladas y decoradas con un gusto refinado y una suprema distinción.

Frente al pequeño chalet hay una linda fuente de mármoles donde nadan mil pececillos de colores.

Tres peldaños dan acceso a la casa, entrándose en una hermosa sala lujosamente amueblada al estilo español antiguo, con gran profusión de cojines color escarlata y espléndidos brocados.

La cocina es una joya: toda blanca y verde pálido, donde la criada prepara deliciosos bocadillos y golosinas.

Hay también una amplia guardarropía con magníficos roperos de cedro que contienen la colección más exquisita de sombreros, zapatos y trajes que imaginarse pueda.

Pero la pieza de mayor encanto y atractivo es el dormitorio. Es una habitación alegre y brillante, decorada con tonos violeta y verde sobre un fondo gris claro. La mesa de tocador, de suave color verde, no tiene, a primera vista, nada extraordinario. Pero, apretando un resorte oculto, se levanta del centro un gran espejo orlado de ampolletas eléctricas de vívida luz azulina, que dan el mismo efecto que los aparatos *Klieg* del escenario y son de grandí-

simo valor para una actriz, al efecto de poder pintarse a la perfección. Una repisa, adosada al espejo, contiene toda clase de cosméticos y afeites del cine.

Lo más sorprendente de esta pieza es la colección de muñecas. Las hay a docenas, sentadas en sillas, tendidas por el suelo, recostadas sobre almohadones.

Están exquisitamente vestidas y representan las diferentes caracterizaciones que ha interpretado Colleen en el cine.

Son sus hijas queridas, como dice festivamente la propia estrella.

Colleen Moore, como toda mujer de su esfera, ha sufrido, ya casada, el asedio de sus infinitos adoradores.

La dulzura y sencillez de su carácter, su modo de ser comunicativo y abierto, su amabilidad y solicitud para cuantos se acercan a ella, han sido interpretados torcidamente por muchos donjuanes que se han propuesto la conquista de la deliciosa Catalina.

Pero a la menor insinuación recibida, ha sabido contestar con tan agria repulsa, que ha sido raro el que ha osado insistir.

Colleen Moore se siente completamente feliz en su matrimonio.

—Lo único que siento—se le ha oído decir mil veces—es no poder dedicar más horas a John. ¡Estoy tan bien a su lado!...

V

¡Colleen Moore se retira del cine!

La noticia ha causado profunda impresión en las esferas de la cinematografía y los poderes de la First National están inconsolables.

El público tiene marcada preferencia por esta inimitable estrella que tanta justeza y realce sabe dar a los papeles que representa en las películas que protagoniza, y la echará muy de menos al eclipsarse del cielo cinematográfico.

Aunque ya se susurraba algo, no había sido confirmada la retirada de Colleen hasta hace poco más de un mes, en que la propia artista así lo ha manifestado.

Catalina Morrison va a interpretar siete películas más, cuyos contratos ya tiene firmados.

Cuatro de ellas se filmarán en Europa y Colleen Moore calcula que la ocuparán durante un año.

Inglaterra, Francia, Italia y Alemania tendrán por huésped a tan preclara artista, pues en su suelo se desarrollarán las cintas en que debe actuar.

Al terminar «Naught but Nice», que filma actualmente en Hollywood, trabajará en una más en los mismos talleres de la First National.

Terminado su compromiso, no actuará más ante el objetivo.

—Hay tantas cosas que quisiera hacer...— ha declarado la artista, justificando su decisión—. Viajar y estudiar...

»He trabajado ya diez años en el cine. Hago un promedio de cuatro películas al año y como cada una requiere unos tres meses, no me queda tiempo para nada. Me es imposible ocuparme de otras cosas mientras estoy filmando una cinta. Tengo que acostarme cada noche muy temprano para hallarme en condiciones de dedicarme, con la intensidad que requiere, a mi trabajo diario. ¿Y para qué trabajar toda la vida sin disfrutar de nada? El día menos pensado despertamos en el otro mundo...

Al acabar de hablar Colleen Moore se ha vuelto hacia su marido dirigiéndole una mirada expresiva e irónica.

—¿Verdad, John, que tengo razón?

John McCormick sonríe con beatitud. Parece recrearse con la perspectiva de una vida placida al lado de aquella mujercita irresistiblemente encantadora.

¡Es el único que saldrá ganando con la retirada de la exquisita estrella!

FIN

En el próximo número publicaremos:

¿Se casa John Gilbert con una española?

Muy en breve publicaremos un número extraordinario, dedicado a la gentilísima estrella de la pantalla:

LILY DAMITA

donde la genial intérprete de *La poupée de París* cuenta a nuestro colaborador

Angel Marsá,

entre otras muchas confidencias amorosas:

Su última aventura de amor en Barcelona

Apresúrese a adquirir este volumen cuando aparezca

NUMEROS PUBLICADOS

- 1 — El más extraño amor de Rodolfo Valentino.
- 2 — Los dos grandes amores de Pola Negri.
- 3 — El último divorcio de Charlot. —
(Revelaciones sensacionales).
- 4 — El dulce encanto del amor de Colleen Moore.

¡ Una novela sensacional !
¡ económica e interesantísima !
Virgen y deshonrada

POR

CHARLES MEROUVEL

(Colección *Los crímenes del amor*)

Se publica cada semana un cuaderno de gran tamaño con artística cubierta protectora y abundante texto

10 céntimos

La obra completa constará de 50 cuadernos

De venta en todos los quioscos, buenos puestos de periódicos y librerías de las estaciones de ferrocarril

PARA PEDIDOS

EDITORIAL GARROFÉ

Apartado de Correos núm. 356

BARCELONA

Representante exclusivo en América

SEBASTIAN DESPONS — BUENOS AIRES

Imp. Garrofé. — Villarroel, 12-14. — Barcelona

